ON
2
S

ALARCON

DOS
ANGELES
CAIDOS

PQ6502
D6

85965

R' C.

1020027195

CAPILLA ALFONSINA
UANL
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

DOS ANGELES CAIDOS

DOS ÁNGELES CAÍDOS

Y

OTROS ESCRITOS OLVIDADOS

DE

PEDRO ANTONIO DE ALARCON

REUNIDOS POR

A. A. T.

85965

IMPRENTA LATINA
MADRID.

31765

861
PQ 6502
D6
A.

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

PROLOGO

En uno de los trabajos que forman este libro (1), lamentábase Pedro Antonio de Alarcón del poco cuidado que pone España en recoger y coleccionar las obras de los escritores que la honraron con su pluma, comparando el afán de otras naciones por conservar hasta las más ligeras muestras del ingenio de sus grandes literatos, «la más insignificante perla de su frente caída, la más oscura flor arrancada de su alma», con el imperdonable desdén que por aquí sentimos hacia todos aquellos escritos no coleccionados en vida por sus autores, o a raíz de su muerte, por amigos o familiares que así procuran honrar al muerto querido y admirado.

Y no obstante haber transcurrido setenta años desde que el autor de «El sombrero de tres picos» denunciara tal estado de cosas, es tan poco lo que hemos adelantado en el amor y la devo-

(1) «Una poesía inédita de Espronceda.»

ción hacia las obras de los grandes maestros, que bien podemos decir que sobre nuestras costumbres literarias no pasa el tiempo, ya que no sólo tenemos que lamentar la pérdida de «Las semanas del jardín», que dejó inéditas Cervantes, y cien otras obras de pasados siglos, hurtadas por la ignorancia y la incuria a la admiración de la posteridad, sino que, viniendo a tiempos mucho más cercanos, a ayer, como quien dice, aún duermen el sueño de los justos en manuscritos y colecciones de revistas y diarios muchas y muy estimables páginas de escritores del siglo pasado, entre los cuales se cuenta el mismo Alarcón.

Hacer con esta gran figura de nuestra historia literaria lo que él mismo deseaba ver realizado con Espronceda, es decir, exhumar y dar a conocer algunos trabajos suyos, en prosa y verso, desconocidos por la generalidad de sus lectores, es el propósito que nos ha movido a formar este volumen, que no es sino un fervoroso tributo a la memoria de aquel literato cuyos escritos, siempre jugosos, siempre jóvenes, no envejecerán nunca, porque son hijos de un verdadero ingenio aliado a un profundo espíritu observador, que supo llevar al papel las eternas palpitaciones del alma humana.

No tememos ser desmentidos por afirmar que las piezas literarias que aquí recogemos son «desconocidas»; porque si bien es verdad que todas ellas vieron la luz pública, no sabemos que nunca hayan sido reunidas en forma de libro, sino

impresas en hojas periódicas (1), cuya corta circulación unida a una efímera existencia, fueron causa de que no se desflorara la frescura de lo que en ellas se insertó y hoy logramos encontrar perdido en las escasas colecciones que lograron sobrevivir a un olvido de setenta años. De ahí que estas páginas han de resultar tan nuevas como si nunca hubiesen pasado por las prensas, y sólo algún que otro curioso, buzo de la biblioteca y revolvedor de papeles viejos, tendrá noticias de ellas, aunque no osaremos afirmar que las haya leído, pues achaque muy común es entre tan apreciables individuos no pasar de la portada de los libros, o, cuando más, cerciorarse de que la paginación está en regla.

Todas las composiciones en prosa y verso que ofrecemos a la curiosidad de los lectores fueron, en efecto, publicadas en 1854, cuando Alarcón, en plena juventud, luchaba por darse a conocer, y mecido entre los halagos de sus ensueños de gloria y la vanidad de esa misma gloria tan codiciada, arrojábase a ratos (¡oh excepticismo de los veintiún años!) en brazos de la desesperanza más desoladora. Y así le oiremos decir, mirando su vida en el espejo de la del cantor de Teresa: «Cuando pensaba que Espronceda, el Byron español, dormía tan cerca de Madrid, y que Madrid

(1) Todos los escritos que componen este volumen se publicaron por primera vez en «El Eco de Occidente», Granada, 1854.

no se acordaba de esto, y que yo, que ansiaba la gloria, acabaría por ser, aun consiguiéndola, aquel mismo misterio de inacción y silencio que acababa de visitar; cuando meditaba, en fin, que niño, débil, sin lozanía en el cuerpo ni en el alma, lleno el corazón de soledad y de dudas, estaba yo quizás en el borde de aquella no existencia tan desciudada... entonces comprendía los fatigados bostezos y sarcásticas risas del «Diablo Mundo...»

Una simple confrontación de fechas nos hará ver que cuando Pedro Antonio de Alarcón (1833-1891) escribía estos trabajos contaba veintiún años. Algunas páginas revelan la meditación creadora y el cuidado de la forma; pero las más fueron hijas de la inspiración momentánea, borroneadas en el tiempo material de escribirlas y dadas a la imprenta sin corregir siquiera: de ahí las desigualdades de estilo que dentro de este mismo volumen se advierten.

Podemos, pues, decir que son primicias de aquella gran inteligencia las que hoy ofrecemos al público, lo cual hace este tomo aún más atractivo, acrecentando extraordinariamente su interés.

Porque no somos nosotros de los que creen que de la obra de los grandes maestros debe conservarse sólo lo conspicuo, lo perfecto, las páginas de plena madurez en que brilla el genio con todo su esplendor. Tan interesante para el literato, y aún más para el psicólogo , el biógrafo y el erudito, son esos primeros bocetos, esos rasguños imperfectos en que se ve al talento vacilar en busca de su verdadero camino y agitar trabajosamente las alas, que no han de tardar en hendir el espacio, Por eso condenamos aquella severa autocrítica que ciertos autores ejercen sobre sus escritos, destinando al fuego o al olvido sus primeras obras, llenas a veces de belleza, empapadas siempre de ingenuidad y frescura, o corrigiéndolas y limándolas hasta el extremo de quitarles esa misma sencillez que constituye su mayor encanto.

¡Con qué pena leíamos no hace mucho la relación del auto de fe que Gustavo Adolfo Bécquer llevó a cabo cierto día con sus primeros versos en casa de Narciso Campillo, y qué inconsciencia advertíamos en la insensibilidad con que el preceptista sevillano da cuenta de aquella irreparable pérdida para las letras patrias! (1).

Porque tienen siempre esas primeras páginas la virtud de mostrarnos blanca, desnuda y palpitante el alma del autor, que no ha tenido tiempo de velar su candidez tras el ornato de un estilo que, por muy original que sea, siempre es hijo del estudio y de un trabajo de depuración y lima que quita de espontaneidad a los escritos cuanto les añade de perfección y elegancia.

---

(1) «A esta época pertenecen muchas composiciones que, con otras mías, en número de miles de versos, quemamos una tarde en mi casa.» Páginas desconocidas de Gustavo Adolfo Bécquer.—Madrid, Renacimiento. s. a. [1923], pág. 17.

Sabemos que no todos estarán conformes con nosotros; pero debemos confesar que preferimos los oros y los arreboles de la aurora al soberano fulgor del medio día; y esos primeros albores del genio, esas primicias literarias, no por defectuosas y vacilantes poseen, a nuestro juicio, menor encanto que las obras maestras en que se nos aparece el talento completamente dueño de sí mismo, dominando los resortes del arte y arrastrando por donde quiere el ánimo del lector.

El mismo Alarcón no se olvidó por completo de sus primeros trabajos al formar los volúmenes de sus «Obras completas»: de la misma fecha que los escritos aquí insertos son «El abrazo de Vergara», «La corneta de llaves», «El asistente» y muchos más a que dió cabida en «Cosas que fueron», «Novelas cortas» y otros de sus libros; y aún estuvo en su ánimo reimprimir el que da nombre a este volumen, ya que en la hoja segunda de la lista de obras que aparece al final de «Novelas cortas»-«Segunda serie», edición de 1881, se incluye «Dos ángeles caídos» entre las narraciones que han de formar parte de la serie tercera. ¿Por qué no se decidió a publicar de nuevo esta narración? ¿Por qué quiso condenar también al olvido los otros escritos que forman estas páginas?...

No intentaremos aquilatar las razones que a ello le movieron, con lo que no conseguiríamos sino entretener inútilmente al lector, que ya desea, sin duda, atravesar el umbral de esta obra;

en que le tenemos detenido con nuestra charla insustancial, y penetrar cuanto antes en el suntuoso palacio donde escuchará con nuevas modulaciones la palabra rica y vibrante del autor de «El escándalo», narrándole nuevas historias y recitándole nuevos versos brotados del alma del poeta con la espontaneidad, la transparencia y la frescura del agua que corre por los jardines de la Alhambra.

Si logramos que el lector vea esos deseos cumplidos y que sirva este volumen para avivar la admiración que el público de hoy—como el de ayer—sigue profesando hacia el excelso novelista granadino, consideraremos nosotros pagado con usura el afán que nos ha movido a formar este volumen.

A. A.